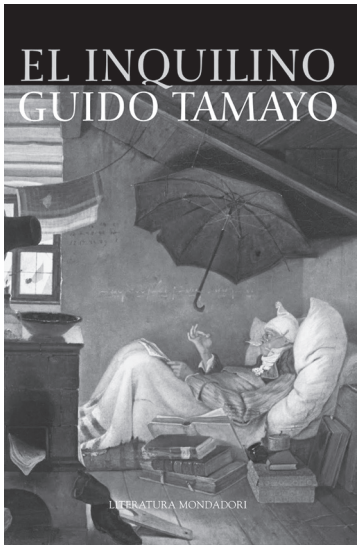
Reseña

El inquilino

Guido Tamayo Sánchez

Editorial: Literatura Mondadori (Universidad Javeriana)

Año: 2011, Bogotá, Colombia, 110 páginas



Sobre el tapete

Toda obra de arte literaria es, antes que nada,
un conjunto de sonidos de los cuales emana el significado.
R. Wellek y A. Warren
Teoría Literaria

Un enfermo de literatura, también de cáncer, pero sobre todo de la necesidad de escribir, es el personaje de *El inquilino,* obra literaria del colombiano Guido Tamayo, ganadora del Primer Premio de Novela Corta de la Pontificia Universidad Javeriana en el 2010. El actual profesor de escritura de la facultad de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad Externado de Colombia, narra la historia de un escritor sin reconocimiento, Manuel de Narváez, un bogotano de 64 años que vive solo en Barcelona y que está a punto de morir.

> *Sobre el piso un tapete de hojas escritas conserva la disposición caótica que el poco viento que penetra la habitación les ha ido dando en su capricho, después de caer directamente desde el rodillo de la máquina de escribir al suelo. (p. 98)*

Esta novela se asemeja a un álbum de fotografías de la vida de un, por qué no decirlo desde ya, escritor fracasado que aspira ser reconocido y que es, en realidad, un nadie, un inquilino. El esqueleto de la obra tiene los tradicionales capítulos, sin embargo, en este armazón, imperan las imágenes de diferentes pasados. Como si el escritor, al igual que el personaje, hubiera conservado la disposición caótica de los hechos. Un tercero narra en ocho capítulos y en tres subcapítulos a modo de diario, la monotonía reinante.

Los tiempos se trastocan: la narración fotográfica de Manuel caminando hacia su cocina con la certeza de que ha llegado la muerte, está entrecruzada con los últimos días o meses, que son en realidad iguales y monótonos. La descripción de un día de verano es la descripción de todos los días de esa estación, así con el invierno y el otoño.

El carácter bohemio del escritor frustrado y pobre que hace la típica visita a una prostituta, que bebe absenta, toma café en cantidades y fuma sin control aunque está a punto de morir de cáncer; parece ser una imagen repetida y de otro siglo. De la cama a la Remington y de esta a la cafetera. Cuando sale de su habitación, amarilla de tanto fumar, va de un bar a otro y luego a donde Encarna, la prostituta, para terminar, cuando tiene cómo pagarle una noche, en el *Olimpo.* De lo contrario termina solo y llorando desmesuradamente la muerte de Laura, una francesa que nunca conoció, pero que amó por ser la única que lo leyó y quiso traducirlo. Es un infinito que sólo detiene la muerte, la que, iniciando el libro, está a tres pasos. Imágenes que parecen no decirnos nada y que en realidad nos cuentan la vida de Manuel, pues es precisamente esa nada del fracaso de una bohemia de los años ochentas.

La fragmentación en la descripción y la historia que se narra se confabulan, y, de repente, se siente la soledad del fracaso. Las imágenes de la novela se despliegan como tentáculos que atrapan al lector y lo embotan en el espeso humo del cigarrillo y en la abandonada habitación amarilla de la calle Cotoners, en donde Manuel no para de escribir. Una obra literaria que haga sentir al lector lo que su personaje vive no es cualquier novela.

En ningún momento se hace énfasis en el letargo del escritor, esta sensación emerge de la quietud asfixiante de los tiempos descritos. En su pasado está su mamá, ahora muerta, quien viajó con él y prefirió abandonar a su esposo con tal de vivir el viaje y de no desprenderse de su hijo. Está su papá, a quien no distingue muy bien y quien muere poco antes de Manuel, dejándole una fortuna que no pudo reclamar. Está su familia, con los que no tiene contacto. Y por último, sus amigos de la universidad, quienes muy posiblemente ya lo olvidaron.

En el presente está Encarna, una mujer que se vende con tal de ganar dinero para inyectarse heroína, la única que lo escucha de vez en cuando leer sus escritos, ni lo ama ni él a ella. También está el luto por Laura, su única lectora, al menos la única de la que supo.

> *Tres pasos finales que inicia con una punzada gélida en el corazón y una atroz asfixia encerrada en el pecho. Le queda la incertidumbre de saber si, en realidad, será el momento definitivo, el final de las cosas… (p. 10)*

En el futuro: la muerte a tres pasos, el funeral al que irían, tal vez, cuatro amigos y Encarna. La esperanza que albergó de ser un escritor reconocido, se desvanece a tres pasos. "La muerte será el verdadero silencio de sus palabras." (p. 9) Pero la muerte es lo que menos importa, lo que interesa es que su escritura no termine. He ahí la incertidumbre de saber si en algún momento alguien encontrará sus escritos y reconocerá en ellos una obra de gran calidad literaria, como les pasó a los bohemios franceses del siglo XIX. Por supuesto, el ya no pertenece a ese siglo. Él pertenece a una ciudad remota de Latinoamérica y vive en otra ciudad igual de Europa.

> *Al comienzo no saben qué hacer con su cadáver. (p. 16)*

Sin embargo, ese futuro no es como lo pensó. Tiene familia en Colombia, tiene amigos en diferentes lugares y tiene una fortuna que no alcanzó a reclamar; pero, no tiene quién le entierre, su familia hace mucho que dejó de considerar su existencia, sus amigos creen que su familia se encargará y la fortuna de nada le sirve, "es una fortuna desafortunada" (p. 100) Incluso se cuestionan qué gobierno debe hacerse cargo, si el catalán "teniendo en cuenta su condición de ciudadano español cobijado por la seguridad social y el seguro de desempleo que certifica su iliquidez, [o] si la embajada colombiana, al ser de igual manera natural colombiano…" (p. 16)

Este abandono no fue únicamente póstumo, la empedernida soledad se hace tácita durante toda la novela. En el diario de verano se narra que va a las Ramblas en donde "todos son ajenos a todos y si bien esa constatación no lo hace feliz, sí por lo menos lo complace al saberse perteneciente de esa estirpe ocasional de caminantes…" (p. 24) Está en busca de ser alguien, al menos, un nadie entre "nadies". Luego empieza su recorrido por diferentes bares en los que no encuentra compañía. Llama la atención cómo se ha dejado encerrar en el mundo de la escritura. Su postura frente al mundo se limita a lo literario, a lo que compete con ese vicio de lector, para él no hay otra posibilidad de concebir la vida.

Es un moribundo abandonado, un hombre solo. Pertenece a un imaginario que ya no existe en el que ser pobre y borracho y desgraciado era parte de ser un artista, sólo que a él, le faltaba lo de ser artista. Sí, escribía, pero a nadie le interesaban esas páginas. Fiel a ese imaginario del escritor bohemio pensó que en algún momento sería descubierto por un editor y que mágicamente todos verían en él un potencial artístico; sin embargo, el mundo en el que realmente estaba, era un mundo comercial, un mundo que implicaba "venderse", "promocionarse" para ser reconocido, como le dice más adelante un amigo escritor.

Otra imagen en donde se hace latente el abandono es el rito que siempre hace con Encarna, ella "debe volver a simular que no conoce a este hombre delgado y desamparado que habla de forma disparatada y con el que ha convenido, por su expresa solicitud, fingir desconocimiento cada vez que se encuentren. Siempre debe ser la primera vez." (p. 31) A pesar de que a él le gustaría saber que significa algo para ella, este rito parece más bien una imagen que alimenta su fantasía, algo que sucedía una y otra vez en la vida de los escritores bohemios. Necesita sentir que alguien se interesa por él; sin embargo, esta es la prueba más evidente de la soledad que padece. Nadie está más solo que una persona que necesita pagarle a otro para que le salude y le pregunte siempre quién es y qué hace.

También ha sido abandonado por su única lectora: Laura. Ella encontró por casualidad un libro de Manuel, le gustó, lo tradujo, le ayudó a conseguir una beca, le prometió seguir traduciéndolo, pero desafortunadamente, murió. Él, aunque nunca la conoció en persona, se enamoró de ella; sin embargo, la muerte se la arrebató, así que vive un constante duelo.

Su vida se resume a la imagen de él junto a Encarna en el barrio chino, una fotografía tomada por turistas que más tarde le darán el título de: "una pareja feliz de los barrios bajos de Barcelona" (p. 34). En una conferencia en la Universidad Autónoma de Colombia, Guido Tamayo mencionó que el personaje estaba basado en un conocido suyo. Manuel forma parte de una fotografía, quien la toma

le pone el nombre que quiere, así como el escritor ha construido un título con todas las imágenes, uno que antes que leerse se siente en el letargo que la muerte cuestiona.

Ahora que todo languidece se pregunta si ha valido la pena venir a esta ciudad, vivir con tanto esfuerzo y carencias, dejar atrás a dos mujeres que lo han amado, una en Bogotá y otra a unas calles de distancia, y haber escrito tanto con tan pocos resultados. Sonríe. El hecho de formularse ese breve y trascendente escrutinio final corrobora que se está muriendo. (p. 44)

A tres pasos de la muerte se cuestiona si lo que ha hecho ha valido la pena, sólo a tres pasos de la muerte. Es más, sabe que está a punto de morir porque se ha cuestionado. Ha soportado la soledad. Se ha encerrado en su habitación con agrado de escritor maldito.

El hecho de pensar en la muerte lleva a cualquier persona a pensar en lo vivido, a Manuel esta reflexión llegó a habitarlo poco antes de morir, aún cuando el cáncer le había anunciado el silencio que le esperaba. Se cuestiona y sonríe, sabe que ya no hay nada que hacer, el lector tanto como el personaje comprenden que ante esta naturaleza humana no hay más opción, ninguna página escrita puede revertirlo.

Tamayo recrea el anonimato del escritor, nos sentimos asfixiados en la habitación amarilla. Con las frases cortas y las fotografías literarias nos abandona sobre ese tapete de hojas dispuestas caóticamente. La obra se lee tan rápido que es como si sucediera al tiempo en que "Manuel siente el ahogo final en el cuerpo." (p. 109). El ritmo de la obra es precisamente el ritmo de la vida de Manuel. *El Inquilino* es una obra literaria que condensa el sentimiento del fracaso y la soledad de un escritor sin reconocimiento.

Nathalia Roa Garcés
Estudios literarios
Universidad Autónoma de Colombia